

ALFAGUARA

Mario Vargas Llosa

El héroe discreto



PREMIO NOBEL
DE LITERATURA

ALFAGUARA



Mario Vargas Llosa

El héroe discreto

*A la memoria de mi amigo
Javier Silva Ruete*

«Nuestro hermoso deber es imaginar que hay un laberinto y un hilo.»

JORGE LUIS BORGES
«El hilo de la fábula»

Felícito Yanaqué, dueño de la Empresa de Transportes Narihualá, salió de su casa aquella mañana, como todos los días de lunes a sábado, a las siete y media en punto, luego de hacer media hora de Qi Gong, darse una ducha fría y prepararse el desayuno de costumbre: café con leche de cabra y tostadas con mantequilla y unas gotitas de miel de chancaca. Vivía en el centro de Piura y en la calle Arequipa había ya estallado el bullicio de la ciudad, las altas veredas estaban llenas de gente yendo a la oficina, al mercado o llevando los niños al colegio. Algunas beatas se encaminaban a la catedral para la misa de ocho. Los vendedores ambulantes ofrecían a voz en cuello sus melcochas, chupetes, chifles, empanadas y toda suerte de chucherías y ya estaba instalado en la esquina, bajo el alero de la casa colonial, el ciego Lucindo, con el tarrito de la limosna a sus pies. Todo igual a todos los días, desde tiempo inmemorial.

Con una excepción. Esta mañana alguien había pegado a la vieja puerta de madera claveteada de su casa, a la altura de la aldaba de bronce, un sobre azul en el que se leía claramente en letras mayúsculas el nombre del propietario: DON FELÍCITO YANAQUÉ. Que él recordara, era la primera vez que alguien le dejaba una carta colgada así, como un aviso judicial o una multa. Lo normal era que el cartero la deslizara al interior por la rendija de la puerta. La desprendió, abrió el sobre y la leyó moviendo los labios a medida que lo hacía:

Señor Yanaqué:

Que a su Empresa de Transportes Narihualá le vaya tan bien es un orgullo para Piura y los piura-

nos. Pero también un riesgo, pues toda empresa exitosa está expuesta a sufrir depredación y vandalismo de los resentidos, envidiosos y demás gentes de malvivir que aquí abundan como usted sabrá muy bien. Pero no se preocupe. Nuestra organización se encargará de proteger a Transportes Narihualá, así como a usted y su digna familia de cualquier percance, disgusto o amenaza de los facinerosos. Nuestra remuneración por este trabajo será 500 dólares al mes (una modestia para su patrimonio, como ve). Lo contactaremos oportunamente respecto a las modalidades de pago.

No necesitamos encarecerle la importancia de que tenga usted la mayor reserva sobre el particular. Todo esto debe quedar entre nosotros.

Dios guarde a usted.

En vez de firma, la carta llevaba el tosco dibujo de lo que parecía una araña.

Don Felícito la leyó un par de veces más. La carta estaba escrita en letra bailarina y con manchones de tinta. Se sentía sorprendido y divertido, con la vaga sensación de que se trataba de una broma de mal gusto. Arrugó la carta con el sobre y estuvo a punto de echarla al cubo de la basura en la esquina del cieguito Lucindo. Pero se arrepintió y, alisándola, se la guardó en el bolsillo.

Había una docena de cuadras entre su casa de la calle Arequipa y su oficina, en la avenida Sánchez Cerro. No las recorrió esta vez preparando la agenda de trabajo del día, como hacía siempre, sino dando vueltas en su cabeza a la carta de la araña. ¿Debía tomarla en serio? ¿Ir a la policía a denunciarla? Los chantajistas le anunciaban que se pondrían en contacto con él para las «modalidades de pago». ¿Mejor esperar que lo hicieran antes de dirigirse a la comisaría? Tal vez no fuera más que la gracia de un ocioso que quería hacerle pasar un mal rato. Desde hacía

algún tiempo la delincuencia había aumentado en Piura, cierto: atracos a casas, asaltos callejeros, hasta secuestros que, se decía, arreglaban por lo bajo las familias de los blanquitos de El Chipe y Los Ejidos. Se sentía desconcertado e indeciso, pero seguro al menos de una cosa: por ninguna razón y en ningún caso daría un centavo a esos bandidos. Y, una vez más, como tantas en su vida, Felícito recordó las palabras de su padre antes de morir: «Nunca te dejes pisotear por nadie, hijo. Este consejo es la única herencia que vas a tener». Le había hecho caso, nunca se había dejado pisotear. Y con su medio siglo y pico en las espaldas ya estaba viejo para cambiar de costumbres. Estaba tan absorbido en estos pensamientos que apenas saludó con una venia al recitador Joaquín Ramos y apuró el paso; otras veces se detenía a cambiar unas palabras con ese impenitente bohemio, que se habría pasado la noche en algún barcito y sólo ahora se recogía a su casa, con los ojos vidriosos, su eterno monóculo y jalando a la cabrita que llamaba su gacela.

Cuando llegó a las oficinas de la Empresa Narihualá ya habían salido, a su hora, los autobuses a Sullana, Talara y Tumbes, a Chulucanas y Morropón, a Catacaos, La Unión, Sechura y Bayóvar, todos con buen pasaje, así como los colectivos a Chiclayo y las camionetas a Paita. Había un puñado de gente despachando encomiendas o averiguando los horarios de los ómnibus y colectivos de la tarde. Su secretaria, Josefita, la de las grandes caderas, los ojos pizpiretos y las blusitas escotadas, le había puesto ya en el escritorio la lista de citas y compromisos del día y el termo de café que iría bebiendo en el curso de la mañana hasta la hora del almuerzo.

—¿Qué le pasa, jefe? —lo saludó—. ¿Por qué esa cara? ¿Tuvo pesadillas anoche?

—Problemitas —le respondió, mientras se quitaba el sombrero y el saco, los colgaba en la percha y se sentaba. Pero inmediatamente se levantó y se los puso de nuevo, como recordando algo muy urgente.

—Ya vuelvo —dijo a su secretaria, camino a la puerta—. Voy a la comisaría a hacer una denuncia.

—¿Se le metieron ladrones? —abrió sus grandes ojos vivaces y saltones Josefita—. Pasa todos los días, ahora en Piura.

—No, no, ya te contaré.

A pasos resueltos, Felícito se dirigió a la comisaría que estaba a pocas cuadras de su oficina, en la misma avenida Sánchez Cerro. Era temprano aún y el calor resultaba soportable, pero él sabía que antes de una hora estas veredas llenas de agencias de viajes y compañías de transporte comenzarían a arder y que volvería a la oficina sudando. Miguel y Tiburcio, sus hijos, le habían dicho muchas veces que era locura llevar siempre saco, chaleco y sombrero en una ciudad donde todos, pobres o ricos, andaban el año entero en mangas de camisa o guayabera. Pero él nunca se quitaba esas prendas para guardar la compostura desde que inauguró Transportes Narihualá, el orgullo de su vida; invierno o verano llevaba siempre sombrero, saco, chaleco y la corbata con su nudo miniatura. Era un hombre menudo y muy flaquito, parco y trabajador que, allá en Yapatera, donde nació, y en Chulucanas, donde estudió la primaria, nunca se puso zapatos. Sólo empezó a hacerlo cuando su padre se lo trajo a Piura. Tenía cincuenta y cinco años y se conservaba sano, laborioso y ágil. Pensaba que su buen estado físico se debía a los ejercicios matutinos de Qi Gong que le había enseñado su amigo, el finado pulpero Lau. Era el único deporte que había practicado en su vida, además de caminar, siempre que se pudiera llamar deporte a esos movimientos en cámara lenta que eran sobre todo, más que ejercitar los músculos, una manera distinta y sabia de respirar. Llegó a la comisaría acalorado y furioso. Broma o no broma, el que había escrito aquella carta le estaba haciendo perder la mañana.

El interior de la comisaría era un horno y, como todas las ventanas estaban cerradas, se hallaba medio a os-

curas. Había un ventilador a la entrada, pero parado. El guardia de la mesa de partes, un jovencito imberbe, le preguntó qué se le ofrecía.

—Hablar con el jefe, por favor —dijo Felícito, alcanzándole su tarjeta.

—El comisario está de vacaciones por un par de días —le explicó el guardia—. Si quiere, podría atenderlo el sargento Lituma, que es por ahora el encargado del puesto.

—Hablaré con él, entonces, gracias.

Tuvo que esperar un cuarto de hora hasta que el sargento se dignara recibirlo. Cuando el guardia lo hizo pasar al pequeño cubículo, Felícito tenía su pañuelo empapado de tanto secarse la frente. El sargento no se levantó a saludarlo. Le extendió una mano regordeta y húmeda y le señaló la silla vacía que tenía al frente. Era un hombre rollizo, tirando a gordo, de ojitos amables y un comienzo de papada que se sobaba de tanto en tanto con cariño. Llevaba la camisa caqui del uniforme desabotonada y con lamparones de sudor en las axilas. En la pequeña mesita había un ventilador, éste sí funcionando. Felícito sintió agradecido la ráfaga de aire fresco que le acarició la cara.

—En qué puedo servirlo, señor Yanaqué.

—Me acabo de encontrar esta carta. La pegaron en la puerta de mi casa.

Vio que el sargento Lituma se calzaba unos anteojos que le daban un aire leguleyo y, con expresión tranquila, la leía cuidadosamente.

—Bueno, bueno —dijo por fin, haciendo una mueca que Felícito no llegó a interpretar—. Éstas son las consecuencias del progreso, don.

Al ver el desconcierto del transportista, aclaró, sacudiendo la carta que tenía en la mano:

—Cuando Piura era una ciudad pobre, estas cosas no pasaban. ¿A quién se le iba a ocurrir entonces pedirle cupos a un comerciante? Ahora, como hay plata, los vivos sacan las uñas y quieren hacer su agosto. La

culpa la tienen los ecuatorianos, señor. Como desconfían de su Gobierno, sacan sus capitales y vienen a invertirlos aquí. Están llenándose los bolsillos con nosotros, los piuranos.

—Eso no me sirve de consuelo, sargento. Además, oyéndolo, parecería una desgracia que ahora a Piura le vayan bien las cosas.

—No he dicho eso —lo interrumpió el sargento, con parsimonia—. Sólo que todo tiene su precio en esta vida. Y el del progreso es éste.

De nuevo agitó en el aire la carta de la arañita y a Felícito Yanaqué le pareció que aquella cara morena y regordeta se burlaba de él. En los ojos del sargento fosforecía una lucecita entre amarilla y verdosa, como la de las iguanas. Al fondo de la comisaría se oyó una voz vociferante: «¡Los mejores culos del Perú están aquí, en Piura! Lo firmo, carajo». El sargento sonrió y se llevó el dedo a la sien. Felícito, muy serio, sentía claustrofobia. Casi no había espacio para ellos dos entre estos tabiques de madera tiznados y tachonados de avisos, memorándums, fotos y recortes de periódico. Olía a sudor y vejez.

—El puta que escribió esto tiene su buena ortografía —afirmó el sargento, hojeando de nuevo la carta—. Yo, al menos, no le encuentro faltas gramaticales.

Felícito sintió que se le revolvió la sangre.

—No soy bueno en gramática y no creo que eso importe mucho —murmuró, con un deje de protesta—. ¿Y ahora qué cree usted que va a ocurrir?

—De inmediato, nada —repuso el sargento, sin inmutarse—. Le tomaré los datos, por si acaso. Puede que el asunto no pase de esta carta. Alguien que lo tiene entre ojos y que le gustaría darle un colerón. O pudiera ser que vaya en serio. Ahí dice que lo van a contactar para el pago. Si lo hacen, vuelva por acá y veremos.

—Usted no parece darle importancia al asunto —protestó Felícito.

—Por ahora no la tiene —admitió el sargento, alzando los hombros—. Esto es nada más que un pedazo de papel arrugado, señor Yanaqué. Podría ser una cojudez. Pero si la cosa se pone seria, la policía actuará, se lo aseguro. En fin, a trabajar.

Durante un buen rato, Felícito tuvo que recitar sus datos personales y empresariales. El sargento Lituma los iba anotando en un cuaderno de tapas verdes con un lapicito que humedecía en su boca. El transportista respondía las preguntas, que se le antojaban inútiles, con creciente desmoralización. Venir a sentar esta denuncia era una pérdida de tiempo. Este cachaco no haría nada. Además, ¿no decían que la policía era la más corrupta de las instituciones públicas? A lo mejor la carta de la arañita había salido de esta cueva maloliente. Cuando Lituma le dijo que la carta tenía que quedarse en la comisaría como prueba de cargo, Felícito dio un respingo.

—Quisiera sacarle una fotocopia, primero.

—Aquí no tenemos fotocopidora —explicó el sargento, señalando con los ojos la austeridad franciscana del local—. En la avenida hay muchos comercios que hacen fotocopias. Vaya nomás y vuelva, don. Aquí lo espero.

Felícito salió a la avenida Sánchez Cerro y, cerca del Mercado de Abastos, encontró lo que buscaba. Tuvo que esperar un buen rato a que unos ingenieros sacaran copias de un alto de planos y decidió no volver a someterse al interrogatorio del sargento. Entregó la copia de la carta al guardia jovencito de la mesa de partes y, en vez de regresar a su oficina, volvió a sumergirse en el centro de la ciudad, lleno de gente, bocinas, calor, altoparlantes, mototaxis, autos y ruidosas carretillas. Cruzó la avenida Grau, la sombra de los tamarindos de la Plaza de Armas y, resistiendo la tentación de entrar a tomarse una cremolada de frutas en El Chalán, enrumbó hacia el antiguo barrio del camal, el de su adolescencia, la Gallinacera, vecino al río. Rogaba a Dios que Adelaida estuviera en su tiendita. Le haría bien

charlar con ella. Le mejoraría el ánimo y quién sabe si hasta la santera le daba un buen consejo. El calor ya estaba en su punto y no eran ni las diez. Sentía la frente húmeda y una placa candente a la altura de la nuca. Iba de prisa, dando pasos cortitos y veloces, chocando con la gente que atestaba las angostas veredas, oliendo a meados y fritura. Una radio a todo volumen tocaba la salsa *Merecumbé*.

Felícito se decía a veces, y se lo había dicho alguna vez a Gertrudis, su mujer, y a sus hijos, que Dios, para premiar sus esfuerzos y sacrificios de toda una vida, había puesto en su camino a dos personas, el pulpero Lau y la adivinadora Adelaida. Sin ellos nunca le habría ido bien en los negocios, ni hubiera sacado adelante su empresa de transportes, ni constituido una familia honorable, ni tendría esa salud de hierro. Nunca había sido amigo. Desde que al pobre Lau se lo llevó al otro mundo una infección intestinal, sólo le quedaba Adelaida. Afortunadamente estaba allí, junto al mostrador de su pequeña tienda de yerbas, santos, costuras y cachivaches, mirando las fotos de una revista.

—Hola, Adelaida —la saludó, estirándole la mano—. Chócate esos cinco. Qué bueno que te encuentro.

Era una mulata sin edad, retaca, culona, pechugona, que andaba descalza sobre el suelo de tierra de su tienda, con los largos y crespos cabellos sueltos barriéndole los hombros y enfundada en esa eterna túnica o hábito de crudo color barro, que le llegaba hasta los tobillos. Tenía unos ojos enormes y una mirada que parecía taladrar más que mirar, atenuada por una expresión simpática, que daba confianza a la gente.

—Si vienes a visitarme, algo malo te ha pasado o te va a pasar —se rió Adelaida, palmeándole la espalda—. ¿Cuál es tu problema, pues, Felícito?

Él le alcanzó la carta.

—Me la dejaron en la puerta esta mañana. No sé qué hacer. Puse una denuncia en la comisaría, pero creo

que será por gusto. El cachaco que me atendió no me hizo mucho caso.

Adelaida tocó la carta y la olió, aspirando profundamente como si se tratara de un perfume. Luego se la llevó a la boca y a Felícito le pareció que hasta chupaba una puntita del papel.

—Léemela, Felícito —dijo, devolviéndosela—. Ya veo que no es una cartita de amor, che guá.

Escuchó muy seria mientras el transportista se la leía. Cuando éste terminó, hizo un puchero burlón y abrió los brazos:

—¿Qué quieres que yo te diga, papacito?

—Dime si esto va en serio, Adelaida. Si tengo que preocuparme o no. O si es una simple pasada que me hacen, por ejemplo. Aclárame eso, por favor.

La santera soltó una carcajada que removió todo su cuerpo fortachón escondido bajo la amplia túnica color barro.

—Yo no soy Dios para saber esas cosas —exclamó, subiendo y bajando los hombros y revoloteando las manos.

—¿No te dice nada la inspiración, Adelaida? En veinticinco años que te conozco nunca me has dado un mal consejo. Todos me han servido. No sé qué hubiera sido mi vida sin ti, comadrita. ¿No podrías darme alguno ahora?

—No, papito, ninguno —repuso Adelaida, simulando que se entristecía—. No me viene ninguna inspiración. Lo siento, Felícito.

—Bueno, qué se le va a hacer —asintió el transportista, llevándose la mano a la cartera—. Cuando no hay, no hay.

—Para qué me vas a dar plata si no te he podido aconsejar —protestó Adelaida. Pero acabó por meterse al bolsillo el billete de veinte soles que Felícito insistió en que aceptara.

—¿Me puedo sentar aquí un rato, en la sombra? Me he agotado con tanto trajín, Adelaida.

—Siéntate y descansa, papito. Te voy a traer un vaso de agua bien fresquita, recién sacada de la piedra de destilar. Acomódate, nomás.

Mientras Adelaida iba al interior de la tienda y volvía, Felícito examinó en la penumbra del local las plattedas telarañas que caían del techo, las añosas estanterías con bolsitas de perejil, romero, culantro, menta, y las cajas con clavos, tornillos, granos, ojales, botones, entre estampas e imágenes de vírgenes, cristos, santos y santas, beatos y beatas, recortados de revistas y periódicos, algunas con velitas prendidas y otras con adornos que incluían rosarios, detentes y flores de cera y de papel. Era por esas imágenes que en Piura la llamaban santera, pero, en el cuarto de siglo que la conocía, a Felícito Adelaida nunca le pareció muy religiosa. No la había visto jamás en misa, por ejemplo. Además, se decía que los párrocos de los barrios la consideraban una bruja. Eso le gritaban a veces los churres en la calle: «¡Bruja! ¡Bruja!». No era cierto, no hacía brujerías, como tantas cholos vivazas de Catacaos y de La Legua que vendían bebedizos para enamorarse, desenamorar o provocar la mala suerte, o esos chamanes de Huancabamba que pasaban el cuy por el cuerpo o zambullían en Las Huarinas a los enfermos que les pagaban para que los librasen de sus males. Adelaida ni siquiera era una adivinadora profesional. Ejercía ese oficio muy de vez en cuando, sólo con los amigos y conocidos, sin cobrarles un centavo. Aunque, si éstos insistían, acabara por guardarse el regalito que se les antojaba darle. La mujer y los hijos de Felícito (y también Mabel) se burlaban de él por la fe ciega que tenía en las inspiraciones y consejos de Adelaida. No sólo le creía; le había tomado cariño. Le daban pena su soledad y su pobreza. No se le conocía marido ni parientes; siempre andaba sola, pero ella parecía contenta con la vida de anacoreta que llevaba.

La había visto por primera vez un cuarto de siglo atrás, cuando era chofer interprovincial de camiones de

carga y no tenía aún su pequeña empresa de transportes, aunque ya soñaba noche y día con tenerla. Ocurrió en el kilómetro cincuenta de la Panamericana, en esas rancherías donde los omnibuseros, camioneros y colectiveros paraban siempre a tomarse un caldito de gallina, un café, un potito de chicha y a comerse un sándwich antes de enfrentarse al largo y candente recorrido del desierto de Olmos, lleno de polvo y piedras, vacío de pueblos y sin una sola estación de gasolina ni taller de mecánica para caso de accidente. Adelaida, que llevaba ya ese camisón color barro que sería siempre su única vestimenta, tenía uno de los puestos de carne seca y refrescos. Felícito conducía un camión de la Casa Romero, cargado hasta el tope de pencas de algodón, rumbo a Trujillo. Iba solo, su ayudante había renunciado al viaje en el último momento porque del Hospital Obrero le avisaron que su madre se había puesto muy mal y que podía fallecer en cualquier momento. Él se estaba comiendo un tamal, sentado en la banquita del mostrador de Adelaida, cuando notó que la mujer lo miraba de una manera rara con esos ojazos hondos y escarbadores que tenía. ¿Qué mosca le picaba a la doña, che guá? La cara se le había descompuesto. Se la notaba medio asustada.

—¿Qué le pasa, señora Adelaida? ¿Por qué me mira así, como desconfiando de algo?

Ella no dijo nada. Seguía con los grandes y profundos ojos oscuros clavados en él y hacía una mueca de asco o susto que le hundía las mejillas y le arrugaba la frente.

—¿Se siente usted mal? —insistió Felícito, incómodo.

—No se trepe usted en ese camión, mejorcito —dijo la mujer, por fin, con voz ronca, como haciendo un gran esfuerzo para que le obedecieran la lengua y la garganta. Señalaba con su mano el camión rojo que Felícito había estacionado a orillas de la carretera.

—¿Que no me suba a mi camión? —repitió él, desconcertado—. ¿Y por qué, se podría saber?

Adelaida le quitó un momento los ojos de encima para mirar a los costados, como temiendo que los otros choferes, clientes o dueños de las tiendas y barcitos de la ranchería pudieran oírla.

—Tengo una inspiración —le dijo, bajando la voz, siempre con la cara descompuesta—. No puedo explicarle. Créame nomás lo que le digo, por favor. Mejorcito no se trepe a ese camión.

—Le agradezco su consejo, señora, seguro que es de buena fe. Pero, yo tengo que ganarme los frejoles. Soy chofer, me gano la vida con los camiones, doña Adelaida. ¿Cómo les daría de comer a mi mujer y mis dos hijitos, pues?

—Sea muy prudente, entonces, por lo menos —le pidió la mujer, bajando la vista—. Hágame caso.

—Eso sí, señora. Le prometo. Siempre lo soy.

Hora y media después, en una curva de la carretera sin asfaltar, entre una espesa polvareda grisáceo-amarillenta, patinando y chirriando surgió el ómnibus de la Cruz de Chalpón que vino a estampillarse contra su camión, con un ruido estentóreo de latas, frenos, gritos y chirrido de llantas. Felícito tenía buenos reflejos y alcanzó a desviar el camión sacando la parte delantera de la pista, de modo que el ómnibus impactó contra la tolva y la carga, lo que le salvó la vida. Pero, hasta que soldaran los huesos de la espalda, el hombro y la pierna derecha, estuvo inmovilizado bajo una funda de yeso que, además de dolores, le producía una comezón enloquecedora. Cuando por fin pudo volver a manejar, lo primero que hizo fue ir al kilómetro cincuenta. La señora Adelaida lo reconoció de inmediato.

—Vaya, me alegro que ya esté bien —le dijo a modo de saludo—. ¿Un tamalito y una gaseosa, como siempre?

—Le ruego por lo que más quiera que me diga cómo supo que ese ómnibus de la Cruz de Chalpón me

iba a embestir, señora Adelaida. No hago más que pensar en eso, desde entonces. ¿Es usted bruja, santa, o qué es?

Vio que la mujer palidecía y no sabía qué hacer con sus manos. Había bajado la cabeza, confundida.

—Yo no supe nada de eso —balbuceó, sin mirarlo y como sintiéndose acusada de algo grave—. Tuve una inspiración, nada más. Me pasa algunas veces, nunca sé por qué. Yo no las busco, che guá. Se lo juro. Es una maldición que me ha caído encima. A mí no me gusta que el santo Dios me hiciera así. Yo le rezo todos los días para que me quite ese don que me dio. Es algo terrible, créame-lo. Me hace sentir culpable de todas las cosas malas que le pasan a la gente.

—¿Pero qué vio usted, señora? ¿Por qué me dijo esa mañana que mejorcito no me trepara a mi camión?

—Yo no vi nada, yo nunca veo esas cosas que van a suceder. ¿No se lo he dicho? Sólo tuve una inspiración. Que si se trepaba a ese camión podría pasarle algo. No supe qué. Nunca sé qué es lo que va a ocurrir. Sólo que hay cosas que es preferible no hacerlas, porque tienen malas consecuencias. ¿Se va a comer ese tamalito y tomarse una Inca Kola?

Se habían hecho amigos desde entonces y pronto empezaron a tutearse. Cuando la señora Adelaida dejó la ranchería del kilómetro cincuenta y abrió su tiendecita de yerbas, costuras, cachivaches e imágenes religiosas en las vecindades del antiguo camal, Felícito venía por lo menos una vez por semana a saludarla y platicar un rato. Casi siempre le traía algún regalito, unos dulces, una torta, unas sandalias y, al despedirse, le dejaba un billete en esas manos duras y callosas de hombre que tenía. Todas las decisiones importantes que había tomado en esos veinte y pico de años las había consultado con ella, sobre todo desde que fundó Transportes Narihualá: las deudas que contrajo, los camiones, ómnibus y autos que fue comprando, los locales que alquiló, los choferes, mecánicos y empleados

que contratava o despedía. Las más de las veces, Adelaida tomaba a risa sus consultas. «Y yo qué voy a saber de eso, Felícito, che guá. Cómo quieres que te diga si es preferible un Chevrolet o un Ford, qué sabré yo de marcas de carros si nunca he tenido ni tendré uno.» Pero, de tanto en tanto, aunque no supiera de qué se trataba, le venía una inspiración y le daba un consejo: «Sí, métete en eso, Felícito, te irá bien, me parece». O: «No, Felícito, no te conviene, no sé qué pero algo me está oliendo feo en ese asunto». Las palabras de la santera eran para el transportista verdades reveladas y las obedecía al pie de la letra por incomprensibles o absurdas que parecieran.

—Te quedaste dormido, papito —la oyó decir.

En efecto, se había quedado adormecido después de tomarse el vasito de agua fresca que le trajo Adelaida. ¿Cuánto rato había estado cabeceando en esa mecedora dura que le había provocado un calambre en el fundillo? Miró su reloj. Bueno, unos minutitos apenas.

—Han sido las tensiones y el trajín de esta mañana —dijo, poniéndose de pie—. Hasta luego, Adelaida. Qué tranquilidad la que hay aquí en tu tiendita. Siempre me hace bien visitarte, aunque no te venga la inspiración.

Y, en el mismo instante que pronunció la palabra clave, inspiración, con la que Adelaida definía la misteriosa facultad de que estaba dotada, adivinar las cosas buenas o malas que a algunas personas les iban a ocurrir, Felícito advirtió que la expresión de la santera ya no era la misma con que lo había recibido, escuchado la lectura de la carta de la arañita y le había asegurado que no le inspiraba reacción alguna. Estaba muy seria ahora, con una expresión grave, el ceño fruncido y mordisqueándose una uña. Se diría que estaba conteniendo la angustia que empezaba a embargarla. Tenía sus grandes ojazos clavados en él. Felícito sintió que se le aceleraba el corazón.

—¿Qué te pasa, Adelaida? —preguntó, alarmado—. No me digas que ahora sí...

La mano endurecida de la mujer lo tomó del brazo y le clavó los dedos.

—Dales eso que te piden, Felícito —murmuró—. Mejor dáselo.

—¿Que les dé quinientos dólares al mes a esos chantajistas para que no me hagan daño? —se escandalizó el transportista—. ¿Eso te está diciendo la inspiración, Adelaida?

La santera le soltó el brazo y lo palmeó, cariñosa.

—Ya sé que está mal, ya sé que es mucha plata —asintió—. Pero, qué importa el dinero después de todo, ¿no te parece? Más importante es tu salud, tu tranquilidad, tu trabajo, tu familia, tu amorcito de Castilla. En fin. Ya sé que no te gusta que te diga esto. A mí tampoco me gusta, tú eres un buen amigo, papacito. Además, a lo mejor me equivoco y te estoy dando un mal consejo. No tienes por qué creerme, Felícito.

—No se trata de la plata, Adelaida —dijo él, con firmeza—. Un hombre no se debe dejar pisotear por nadie en esta vida. Se trata de eso, nomás, comadrita.

II

Cuando don Ismael Carrera, el dueño de la aseguradora, pasó por su oficina y le propuso que almorzaran juntos, Rigoberto pensó: «Una vez más va a pedirme que dé marcha atrás». Porque a Ismael, como a todos sus colegas y subordinados, le había sorprendido mucho su intempestivo anuncio de que adelantaría tres años su retiro. Por qué jubilarse a los sesenta y dos, le decían todos, cuando podía permanecer otros tres más en esa gerencia que manejaba con el respeto unánime de los casi trescientos empleados de la firma.

«En efecto, ¿por qué, por qué?», pensó. Ni siquiera estaba muy claro para él. Pero, eso sí, su determinación era inamovible. No daría un paso atrás, aunque, por jubilarse antes de cumplir los sesenta y cinco, no se retiraría con el sueldo completo ni tendría derecho a todas las indemnizaciones y gollerías de los que llegaban a pensionistas al alcanzar el límite de edad.

Trató de animarse pensando en el tiempo libre de que dispondría. Pasarse las horas en su pequeño espacio de civilización, defendido contra la barbarie, contemplando sus amados grabados, los libros de arte que atestaban su biblioteca, oyendo buena música, el viaje anual a Europa con Lucrecia en la primavera o el otoño, asistiendo a festivales, ferias de arte, visitando museos, fundaciones, galerías, volviendo a ver aquellos cuadros y esculturas más queridos y descubriendo otros que incorporaría a su pinacoteca secreta. Había hecho cálculos y él era bueno en matemáticas. Gastando de manera juiciosa y administrando con prudencia su casi millón de dólares de ahorros y su pensión, Lucrecia y él

tendrían una vejez muy cómoda y podrían dejar asegurado el futuro de Fonchito.

«Sí, sí», pensó, «una vejez larga, culta y feliz». ¿Por qué, entonces, a pesar de ese promisorio futuro, sentía tanto desasosiego? ¿Era Edilberto Torres o melancolía anticipada? Sobre todo cuando, como ahora, pasaba la vista por los retratos y diplomas que colgaban de las paredes de su oficina, los libros alineados en dos estantes, su escritorio milimétricamente ordenado con sus cuadernos de notas, lápices y lapiceros, calculadora, informes, computadora encendida y el aparato de televisión siempre puesto en Bloomberg con las cotizaciones de las bolsas. ¿Cómo podía sentir nostalgia anticipada de todo esto? Lo único importante de esta oficina eran los retratos de Lucrecia y de Fonchito —recién nacido, niño y adolescente— que se llevaría consigo el día de la mudanza. Por lo demás, este viejo edificio del jirón Carabaya, en el centro de Lima, muy pronto dejaría de ser la sede de la compañía de seguros. El nuevo local, en San Isidro, a orillas del Zanjón, estaba terminado. Esta fea construcción, en la que había trabajado treinta años de su vida, probablemente la demolerían.

Creyó que Ismael lo llevaría, como siempre que lo invitaba a almorzar, al Club Nacional y que él, una vez más, sería incapaz de resistir la tentación de ese enorme bistec apanado con tacu-tacu que llamaban «una sábana», y de tomarse un par de copas de vino, con lo cual toda la tarde se sentiría abotargado, con dispepsia y sin ánimos de trabajar. Para su sorpresa, apenas entraron al Mercedes Benz en el garaje del edificio, su jefe ordenó al chofer: «A Miraflores, Narciso, a La Rosa Náutica». Volviéndose a Rigoberto, explicó: «Nos hará bien respirar un poco de aire de mar y oír los chillidos de las gaviotas».

—Si crees que vas a sobornarme con un almuerzo, estás loco, Ismael —lo previno él—. Me jubilo de todas maneras, aunque me pongas una pistola en el pecho.

—No te la pondré —dijo Ismael, con un ademán burlón—. Sé que eres terco como una mula. Y sé también que te arrepentirás, sintiéndote inútil y aburrido en tu casa, fregándole todo el día la paciencia a Lucrecia. Pronto volverás a pedirme de rodillas que te reponga en la gerencia. Lo haré, claro. Pero antes te haré sufrir un buen rato, te lo advierto.

Trató de recordar desde cuándo conocía a Ismael. Muchos años. Había sido muy buen mozo de joven. Elegante, distinguido, sociable. Y, hasta que se casó con Clotilde, un seductor. Hacía suspirar a solteras y casadas, a viejas y jóvenes. Ahora había perdido el pelo, tenía apenas unos mechones blancuzcos en la calva, se había arrugado, engordado y arrastraba los pies. Se le notaba la dentadura postiza que le había puesto un dentista de Miami. Los años, y los mellizos sobre todo, lo habían arruinado físicamente. Se conocieron el primer día que Rigoberto entró a trabajar a la compañía de seguros, al departamento legal. ¡Treinta largos años! Caracho, toda una vida. Recordó al padre de Ismael, don Alejandro Carrera, el fundador de la empresa. Recio, incansable, un hombre difícil pero íntegro cuya sola presencia ponía orden y contagiaba seguridad. Ismael le tenía respeto, aunque nunca lo quiso. Porque don Alejandro hizo trabajar a su hijo único, recién regresado de Inglaterra, donde se había graduado en la Universidad de Londres en Economía y hecho un año de práctica en la Lloyd's, en todas las reparticiones de la compañía, que ya comenzaba a ser importante. Ismael raspaba los cuarenta y se sentía humillado por ese entrenamiento que lo llevó, incluso, a tener que clasificar la correspondencia, administrar la cantina, ocuparse de los motores de la planta eléctrica, de la vigilancia y limpieza del local. Don Alejandro podía ser algo despótico, pero Rigoberto lo recordaba con admiración: un capitán de empresa. Había hecho esta compañía de la nada, comenzando con un capital ínfimo y préstamos que pagó al

centavo. Pero, la verdad, Ismael había sido un continuador aventajado de la obra de su padre. Era también incansable y sabía ejercer su don de mando cuando hacía falta. En cambio, con los mellizos al frente, la estirpe de los Carre-ra se iría al tacho de la basura. Ninguno de los dos había heredado las virtudes empresariales del padre y el abuelo. Cuando desapareciera Ismael, ¡pobre compañía de seguros! Por suerte, él ya no estaría de gerente para presenciar la catástrofe. ¿Para qué lo había invitado a almorzar su jefe si no era para hablarle de su jubilación anticipada?

La Rosa Náutica estaba llena de gente, muchos turistas que hablaban en inglés y francés, y a don Ismael le habían reservado una mesita junto a la ventana. Tomaron un Campari viendo a algunos tablistas corriendo olas embutidos en sus buzos de goma. Era una mañana de invierno gris, con plumizas nubes bajas que ocultaban los acantilados y bandadas de gaviotas lanzando chillidos. Una escuadrilla de alcatraces planeaba flotando a ras del mar. El acompasado rumor de las olas y la resaca era agradable. «El invierno es tristón en Lima, aunque mil veces preferible al verano», pensó Rigoberto. Pidió una corvina a la parrilla con una ensalada y advirtió a su jefe que no probaría ni una gota de vino; tenía trabajo en la oficina y no quería pasarse la tarde bostezando como un cocodrilo y sintiéndose un sonámbulo. Le pareció que Ismael, abstraído, ni siquiera lo oía. ¿Qué mosca le picaba?

—Tú y yo somos buenos amigos, ¿sí o no? —le soltó su jefe de pronto, como despertando.

—Supongo que sí, Ismael —repuso Rigoberto—. Si es que entre un patrón y su empleado puede haber de veras amistad. Existe la lucha de clases, ya sabes.

—Hemos tenido nuestros encontrones, algunas veces —prosiguió Ismael, muy serio—. Pero, mal que mal, creo que nos hemos llevado bastante bien estos treinta años. ¿No te parece?

—¿Todo este rodeo sentimental para pedirme que no me jubile? —lo provocó Rigoberto—. ¿Vas a decirme que si me voy la compañía se hunde?

Ismael no tenía ganas de bromear. Contemplaba las conchitas a la parmesana que acababan de traerle como si pudieran estar envenenadas. Movía la boca, haciendo sonar la dentadura postiza. Había inquietud en sus ojitos entrecerrados. ¿La próstata? ¿Un cáncer? ¿Qué le pasaba?

—Quiero pedirte un favor —murmuró, en voz muy baja, sin mirarlo. Cuando alzó los ojos, Rigoberto vio que los tenía llenos de extravío—. Un favor, no. Un gran favor, Rigoberto.

—Si puedo, claro que sí —asintió, intrigado—. ¿Qué te pasa, Ismael? Vaya cara que has puesto.

—Que seas mi testigo —dijo Ismael, ocultando de nuevo sus ojos en las conchitas—. Me voy a casar.

El tenedor con el bocado de corvina se quedó un momento en el aire y, por fin, en vez de llevárselo a la boca, Rigoberto lo regresó al plato. «¿Cuántos años tiene?», pensaba. «No menos de setenta y cinco o setenta y ocho, acaso hasta ochenta.» No sabía qué decir. La sorpresa lo había enmudecido.

—Necesito dos testigos —añadió Ismael, ahora mirándolo y algo más dueño de sí mismo—. He pasado revista a todos mis amigos y conocidos. Y he llegado a la conclusión de que las personas más leales, en las que confío más, son Narciso y tú. Mi chofer ha aceptado. ¿Aceptas tú?

Incapaz todavía de articular palabra ni de hacer una broma, Rigoberto sólo atinó a asentir, moviendo la cabeza.

—Claro que sí, Ismael —balbuceó, finalmente—. Pero, asegúrame que esto va en serio, que no es tu primer síntoma de demencia senil.

Esta vez Ismael sonrió, aunque sin pizca de alegría, abriendo mucho la boca y luciendo la blancura explosiva de sus falsos dientes. Había septuagenarios y octogenarios bien

conservados, se decía Rigoberto, pero no era el caso de su jefe, desde luego. En el oblongo cráneo, bajo los mechones blancos, abundaban los lunares, tenía la frente y el cuello surcados de arrugas y en todo su semblante había algo vencido. Vestía con la elegancia de costumbre, terno azul, una camisa que parecía recién planchada, una corbata sujeta con un prendedor de oro, un pañuelito en el bolsillo.

—¿Te has vuelto loco, Ismael? —exclamó Rigoberto, de pronto, reaccionando tardíamente a la noticia—. ¿De veras vas a casarte? ¿A tu edad?

—Es una decisión perfectamente razonada —lo oyó decir, con firmeza—. La he tomado sabiendo muy bien lo que se me vendrá encima. Está de más decirte que, si eres mi testigo de boda, tendrás problemas tú también. En fin, para qué hablar de lo que sabes de sobra.

—¿Están ellos enterados?

—No me preguntes cojudeces, por favor —se impacientó su jefe—. Los mellizos van a poner el grito en el cielo, moverán la tierra y el infierno para anular mi matrimonio, hacerme declarar incapacitado, meterme al manicomio y mil cosas más. Hasta hacerme matar por un sicario, si pueden. Narciso y tú serán también víctimas de su odio, por supuesto. Todo eso lo sabes y, a pesar de ello, me has dicho que sí. No me equivoqué, pues. Eres el tipo limpio, generoso y noble que siempre he pensado. Gracias, viejo.

Estiró su mano, cogió a Rigoberto del brazo y la tuvo allí un momento, con una presión afectuosa.

—Por lo menos dime quién es la dichosa novia —le preguntó Rigoberto, tratando de pasar un bocado de corvina. Se le habían quitado por completo las ganas de comer.

Esta vez, Ismael sonrió de verdad, mirándolo con burla. Una lucecita maliciosa aleteaba en sus pupilas mientras le sugería:

—Tómate antes un trago, Rigoberto. Si por decirte que me casaba te pusiste tan pálido, cuando te diga con quién te podría dar un infarto.

—¿Tan fea es esa cazadora de fortuna? —murmuró él. Con semejante prolegómeno su curiosidad era enorme.

—Con Armida —dijo Ismael, deletreando el nombre. Esperaba su reacción como un entomólogo la de un insecto.

¿Armida, Armida? Rigoberto repasaba todas sus conocidas, pero ninguna encajaba en ese nombre.

—¿La conozco? —preguntó por fin.

—Armida —repitió Ismael, escrutándolo y midiéndolo con una sonrisita—. La conoces muy bien. La has visto mil veces en mi casa. Sólo que jamás te fijaste en ella. Porque nadie se fija nunca en las empleadas domésticas.

El tenedor, con un nuevo bocado de corvina, se le escurrió entre los dedos y cayó al suelo. Mientras se agachaba a recogerlo sintió que su corazón se había puesto a latir más fuerte. Oyó que su jefe se reía. ¿Era posible? ¿Se iba a casar con su sirvienta? ¿Esas cosas no ocurrían sólo en las telenovelas? ¿Hablaban en serio Ismael o le tomaba el pelo? Imaginó las habladurías, las invenciones, las conjeturas, los chistes que encenderían a la Lima de la gente chismosa: tendrían diversión para mucho rato.

—Alguien aquí está loco —afirmó, entre dientes—. Tú o yo. ¿O estamos los dos locos, Ismael?

—Es una buena mujer y nos queremos —dijo su jefe, ya sin la menor turbación—. La conozco hace mucho tiempo. Será una excelente compañera para mi vejez, ya lo verás.

Ahora sí: Rigoberto la vio, la recreó, la inventó. Morenita, de cabellos muy negros, de ojos vivos. Una criollita, una costeña de maneras desenvueltas, delgada, no muy baja. Una cholita bastante presentable. «Debe ser cuarenta años mayor que ella, quizás más», pensó. «Ismael se ha vuelto loco.»

—Si te has propuesto, a la vejez, protagonizar el escándalo más sonado de la historia de Lima, lo vas a con-

seguir —suspiró—. Serás la comidilla de los chismosos sabe Dios por cuántos años. Siglos, tal vez.

Ismael se rió, esta vez con franco buen humor, asintiendo.

—Por fin te lo dije, Rigoberto —exclamó, aliviado—. La verdad, me ha costado mucho trabajo. Te confieso que tuve la mar de dudas. Me moría de vergüenza. Cuando se lo conté a Narciso, el negro abrió los ojos como platos y casi se traga la lengua. Bueno, ya lo sabes. Será un escandalazo y me importa un bledo. ¿Aceptas siempre ser mi testigo?

Rigoberto movía la cabeza: sí, sí, Ismael, si se lo pedía él cómo no iba a aceptar. Pero, pero... Carambolas, no sabía qué carajo decir.

—¿Ese matrimonio es imprescindible? —se animó al fin—. Quiero decir, arriesgarte a lo que te caerá encima. No pienso sólo en el escándalo, Ismael. Te imaginas a qué voy. ¿Vale la pena el lío monumental con tus hijos que esto va a desatar? Un matrimonio tiene efectos legales, económicos. En fin, me imagino que habrás pensado en todo eso y que estoy haciéndote reflexiones estúpidas. ¿No, Ismael?

Vio a su jefe beber media copa de vino blanco, de un trago. Lo vio encoger los hombros y asentir:

—Tratarán de hacerme declarar incapacitado —explicó, en tono sarcástico, haciendo una mueca despectiva—. Habrá que untar muchas manos entre jueces y tintorrillos, por supuesto. Yo tengo más dinero que ellos, de manera que no me ganarán el pleito, si lo entablan.

Hablaba sin mirar a Rigoberto, sin elevar la voz para que no lo oyeran de las mesas vecinas, con la vista volcada en el mar. Pero sin duda tampoco veía a los tablistas, ni las gaviotas, ni las olas que corrían hacia la playa chisporroteando espuma blanca, ni la doble hilera de autos que pasaba por la Costa Verde. Su voz se había ido llenando de furia.

—¿Vale la pena todo eso, Ismael? —insistió Rigoberto—. Abogados, notarios, jueces, comparecencias, la inmundicia periodística hurgando en tu vida privada hasta la náusea. Todo ese horror, además del dineral que te costará semejante capricho. Los dolores de cabeza, los disgustos. ¿Vale la pena?

En vez de responderle, Ismael lo sorprendió con otra pregunta:

—¿Te acuerdas cuando me dio el infarto, en septiembre?

Rigoberto se acordaba muy bien. Todo el mundo creyó que Ismael se moriría. Lo sorprendió en el auto, regresando a Lima de un almuerzo en Ancón. Narciso lo llevó desmayado a la Clínica San Felipe. Lo tuvieron en cuidados intensivos varios días, con oxígeno, tan debilitado que no podía hablar.

—Creíamos que no pasabas la prueba, vaya susto que nos diste. ¿A qué viene eso ahora?

—Fue entonces cuando decidí casarme con Armida —la cara de Ismael se había agriado y su voz estaba cargada de amargura. Parecía más viejo en este instante—. Estuve al borde de la muerte, claro que sí. La vi cerquita, la toqué, la oí. La debilidad no me permitía hablar, así es. Pero, oír, sí. Eso no lo saben ese par de canallas de hijos que tengo, Rigoberto. A ti te lo puedo contar. Sólo a ti. Que no salga nunca de tu boca, ni siquiera a Lucrecia. Júramelo, por favor.

—El doctorcito Gamio ha sido requeteclarísimo —afirmó Miki, entusiasmado, sin bajar la voz—. Estira la pata esta misma noche, hermano. Un infarto masivo. Un infartazo, dijo. Y posibilidades mínimas de recuperación.

—Habla más despacio —lo reconvinó Escobita. Él sí hablaba muy quedo, en aquella penumbra que deformaba las siluetas, en esa habitación extraña que olía a formol—. Dios te oiga, compadre. ¿No has podido averiguar nada sobre el testamento en el estudio del doctor

Arnillas? Porque, si quiere fregarnos, nos friega. Este viejo de mierda se las sabe todas.

—Arnillas no suelta prenda porque se lo tiene comprado —dijo Miki, bajando también la voz—. Ahora en la tarde fui a verlo y traté de sonsacarle algo, pero no hubo forma. De todos modos, estuve haciendo averiguaciones. Aunque quisiera jodernos, no podría. Lo que nos adelantó al sacarnos de la empresa no cuenta, no hay documentos ni pruebas. La ley es clarísima. Somos herederos forzosos. Así se llama: forzosos. No podría, hermano.

—No te fíes, compadre. Él se conoce todas las mañas. Con tal de jodernos es capaz de cualquier cosa.

—Esperemos que no pase de hoy —dijo Miki—. Porque, además, el vejistorio nos va a dejar otra noche sin dormir.

—Viejo de mierda por aquí, que reviente cuanto antes por allá, a menos de un metro mío, felices de saber que estaba agonizando —recordó Ismael, hablando despacio, con la mirada en el vacío—. ¿Sabes una cosa, Rigoberto? Ellos me salvaron de la muerte. Sí, ellos, te lo juro. Porque, oyéndolos decir esas barbaridades, me vino una voluntad increíble de vivir. De no darles gusto, de no morirme. Y palabra que mi cuerpo reaccionó. Allí lo decidí, en la misma clínica. Si me recupero, me caso con Armida. Los joderé yo a ellos antes que ellos me jodan a mí. ¿Querían guerra? La tendrían. Y la van a tener, viejo. Ya estoy viendo las caras que pondrán.

La hiel, la decepción, la cólera impregnaban no sólo sus palabras y su voz, también la mueca que le torcía la boca, las manos que estrujaban la servilleta.

—Pudo ser una alucinación, una pesadilla —murmuró Rigoberto, sin creer lo que decía—. Con la cantidad de drogas que te metieron en el cuerpo puedes haberte soñado todo eso, Ismael. Desvariabas, yo te vi.

—Yo sabía muy bien que mis hijos nunca me quisieron —prosiguió su jefe, sin hacerle el menor caso—.

Pero no que me odiaran a ese extremo. Que llegaran a desear mi muerte, para heredarme de una vez. Y, por supuesto, farrearse en dos por tres lo que mi padre y yo levantamos a lo largo de tantos años, rompiéndonos los lomos. Pues no. Las hienas se van a quedar con los crespos hechos, te aseguro.

Aquello de hienas les sentaba bastante bien a los dos hijitos de Ismael, pensó Rigoberto. Unas buenas piezas, a cual peor. Ociosos, jaranistas, abusivos, dos parásitos que deshonoraban el apellido de su padre y su abuelo. ¿Por qué habían salido así? No por falta de cariño y cuidado de sus padres, desde luego. Todo lo contrario. Ismael y Clotilde siempre se desvivieron por ellos, hicieron lo imposible por darles la mejor educación. Soñaban con hacer de ellos dos caballeros. ¿Cómo demonios se volvieron el par de bellacos que eran? Nada raro que hubieran tenido aquella siniestra conversación al pie de la cama de su padre moribundo. Y encima brutos, ni siquiera pensaron que podía escucharlos. Eran capaces de eso y de peores cosas, desde luego. Rigoberto lo sabía muy bien, en todos estos años había sido muchas veces el paño de lágrimas y confidente de su jefe de las barrabasadas de sus hijitos. Cuánto habían sufrido Ismael y Clotilde con los escándalos que provocaron desde jovencitos.

Habían ido al mejor colegio de Lima, tenido profesores particulares para las materias en las que flaqueaban, hecho cursos de verano en Estados Unidos e Inglaterra. Aprendieron inglés pero hablaban un español de analfabetos mechado con toda esa horrible jerga y apócope de la juventud limeña, no habían leído un libro ni acaso un periódico en su vida, probablemente no sabían las capitales de la mitad de los países latinoamericanos y ninguno había podido aprobar ni siquiera el primer año de universidad. Se habían estrenado en fechorías todavía adolescentes, violando a aquella chiquilla que se levantaron en una fiestecita de medio pelo, en Pucusana. Floralisa Roca,

así se llamaba, un nombre que parecía salido de una novela de caballerías. Delgada, bastante bonita, ojos alarmados y llorosos, un cuerpecillo que temblaba de susto. Rigoberto la recordaba muy bien. La tenía en la conciencia y todavía le venían remordimientos por el feo papel que había tenido que jugar en ese asunto. Revivió aquel lío: abogados, médicos, partes policiales, gestiones desesperadas para que ni *La Prensa* ni *El Comercio* incluyeran los nombres de los mellizos en las informaciones sobre el episodio. Él mismo había tenido que hablar con los padres de la muchacha, una pareja de iqueños ya entrados en años a los que aplacar y silenciar costó cerca de cincuenta mil dólares, una fortuna para la época. Tenía muy presente en la memoria aquella conversación con Ismael, uno de esos días. Su jefe se estrujaba la cabeza, contenía las lágrimas y la voz se le cortaba: «¿En qué hemos fallado, Rigoberto? ¿Qué hemos hecho Clotilde y yo para que Dios nos castigue así? ¿Cómo podemos tener de hijos a semejantes forajidos! Ni siquiera se arrepienten de la barbaridad que hicieron. ¡Le echan la culpa a la pobre chica, figúrate! No sólo la violaron. Le pegaron, la maltrataron». Forajidos, ésa era la palabra justa. Tal vez Clotilde e Ismael los habían engreído demasiado, tal vez nunca les hicieron sentir un poco de autoridad. No debieron perdonarles siempre las gracias, no tan rápido en todo caso. ¡Las gracias de los mellizos! Choques automovilísticos por conducir borrachos y drogados, deudas contraídas tomando el nombre del padre, recibos fraguados en la oficina cuando a Ismael, en mala hora, se le ocurrió meterlos a la compañía para que se foguearan. Habían sido una pesadilla para Rigoberto. Tenía que ir en persona a informar a su jefe de las proezas de los hermanitos. Llegaron a vaciar la caja de su oficina donde se guardaba el dinero de los gastos corrientes. Ésa fue la gota que desbordó el vaso, felizmente. Ismael los echó y prefirió pasarles una pensión, financiarles la haraganería. El prontuario de ambos era interminable. Por ejemplo, entraron a la

Universidad de Boston y sus padres estaban dichosos. Meses después, Ismael descubrió que nunca habían puesto los pies en ella, que se habían embolsillado la matrícula y la pensión, falsificando notas e informes de asistencia. Uno de ellos —¿Miki o Escobita?— atropelló a un peatón en Miami y estaba prófugo de los Estados Unidos porque aprovechó la libertad provisional para fugarse a Lima. Si volvía allá iría a la cárcel.

Después de la muerte de Clotilde, Ismael se rindió. Que hicieran lo que les diera la gana. Les había adelantado parte de la herencia, para que la trabajaran si querían o la dilapidaran, que fue naturalmente lo que hicieron, viajando por Europa y dándose la gran vida. Eran ya unos hombres hechos y derechos, raspando los cuarenta años. Su jefe no quería más dolores de cabeza con esos incorregibles. ¡Y ahora esto! Claro que tratarían de anular ese matrimonio, si se llevaba a cabo. Jamás se dejarían arrebatar una herencia que, por supuesto, esperaban con voracidad de caníbales. Imaginó el colerón que se llevarían. ¡Su padre casado con Armida! ¡Con su sirvienta! ¡Con una chola! En sus adentros, se rió: sí, vaya caras que pondrían. El escándalo sería de órdago. Podía ya oír, ver, oler, el río de maledicencias, conjeturas, chistes, invenciones que correrían por los teléfonos de Lima. No veía la hora de contarle estas novedades a Lucrecia.

—¿Tú te llevas bien con Fonchito? —lo sacó de sus reflexiones la voz de su jefe—. ¿Cuántos años tiene ya tu hijo? ¿Catorce o quince, no?

Rigoberto se estremeció imaginando que Fonchito pudiera convertirse en alguien parecido a los hijos de Ismael. Felizmente, no le daba por la juerga.

—Me llevo bastante bien con él —respondió—. Y Lucrecia todavía mejor que yo. Fonchito la quiere ni más ni menos que si fuera su mamá.

—Has tenido suerte, la relación de un niño con su madrastra no siempre es fácil.

—Es un buen chico —reconoció don Rigoberto—. Estudioso, dócil. Pero muy solitario. Está en ese momento difícil de la adolescencia. Se retrae demasiado. Me gustaría verlo más amigüero, que saliera, que enamorara chicas, que fuera a fiestas.

—Es lo que hacían las hienas, a su edad —se lamentó don Ismael—. Ir a fiestas, divertirse. Mejor que sea como es, viejo. Fueron las malas amistades las que malearon a mis hijos.

Rigoberto estuvo a punto de contarle a Ismael aquella tontería de Fonchito y las apariciones de ese personaje, Edilberto Torres, al que él y doña Lucrecia llamaban el diablo, pero se contuvo. Para qué, vaya usted a saber cómo lo tomaría. Al principio, él y Lucrecia se habían divertido con las supuestas apariciones de ese pendejo y celebrado la imaginación fosforescente del chiquillo, convencidos de que era otro de esos jueguecitos con los que le gustaba sorprenderlos de tanto en tanto. Pero, ahora, ya andaban preocupados y dándole vueltas a la idea de llevarlo a un psicólogo. De veras, tenía que releer aquel capítulo sobre el diablo del *Doktor Faustus*, de Thomas Mann.

—Todavía no me creo todo esto, Ismael —exclamó de nuevo, soplando la tacita de café—. ¿Estás realmente seguro de que quieres hacer eso, casarte?

—Tan seguro como de que la Tierra es redonda —afirmó su jefe—. No es sólo para dar una lección a ese par. A Armida le tengo mucho cariño. No sé qué hubiera sido de mí sin ella. Desde la muerte de Clotilde, su ayuda ha sido impagable.

—Si la memoria no me engaña, Armida es una mujer muy joven —murmuró Rigoberto—. ¿Cuántos años le llevas, se puede saber?

—Treinta y ocho, solamente —se rió Ismael—. Es joven, sí, y espero que me resucite, como a Salomón la jovencita de la Biblia. ¿La Sulamita, no?

—Bueno, bueno, allá tú, es tu vida —se resignó Rigoberto—. Yo no soy bueno dando consejos. Cásate con Armida y que se nos venga encima el fin del mundo, qué más da, viejo.

—Si quieres saberlo, nos llevamos magníficamente en la cama —se jactó Ismael, riéndose, mientras indicaba al mozo con la mano que le trajera la cuenta—. Para más precisiones, uso Viagra rara vez, porque apenas lo necesito. Y no me preguntes dónde pasaremos la luna de miel, porque no te lo diré.